

Mussolini y Franco se rodearon de una corte de sumisos hagiógrafos que trazaron una imagen sacrosanta y tremendamente positiva de ambos líderes. Con gran éxito, Arnaldo Mussolini hizo llegar al pueblo italiano un fresco de su hermano, el Duce, que lo elevaba a la categoría de semi dios y, durante varios decenios, los libros de texto españoles lavaron el cerebro de los niños haciéndoles creer que el Caudillo 'es el hombre que la Providencia envía a los pueblos que se hacen dignos de él'. Todo esto puede servir para explicar, en parte, por qué se siguen oyendo valoraciones positivas de los dos dictadores en conversaciones y en debates públicos decenios después de su muerte. No obstante, también hay que tomar en cuenta otros factores. Un estudio reciente sobre los mitos relacionados con el cadáver del Duce parece indicar que los italianos han reaccionado de diferentes maneras ante la ejecución de un tirano al que, en tiempos, habían agasajado con entusiasmo en reuniones públicas cuidadosamente planificadas. De hecho, todo apunta que han surgido dos discursos en torno del cadáver del Duce: uno, laico y compasivo hacia los carniceros del pasado; otro, cristiano y proclive a perdonar al dictador y a sus muchos seguidores. Estas circunstancias han favorecido sobremanera la aceptación general de buena parte de la literatura promussoliniana de los años de posguerra, especialmente después del centenario del nacimiento de Mussolini, en 1983. En lo que respecta a España, el mero hecho que Franco no se suicidara en un búnker, como Hitler, o fuera fusilado, como Mussolini, ha sido tremendamente útil para embellecer su epitafio. Los meticulosos estudios que, durante los últimos veinticinco años, se han llevado a cabo a propósito de la naturaleza violenta del régimen franquista son vistos por algunos historiadores, aún hoy, como una amarga revancha política contra Franco.

El perdón jamás ha figurado en el programa histórico de los antifascistas italianos. Los historiadores antifascistas han luchado contra la imagen benévola de Mussolini que proyectan, con todos los medios a su alcance, los hagiógrafos. Probablemente el motivo que ha dado pie al surgimiento de un nuevo patrón interpretativo de derechas haya sido reaccionar contra la crítica fanática del Duce, o más bien contra su condena. Este revisionismo histórico, o neorevisionismo, se basa, formalmente, en la imparcialidad y en la distancia histórica. Los historiadores que trabajan bajo este paradigma han intentado desafiar la historiografía antifascista, o la 'hegemonía comunista', tal y como la definen, que se fundamenta, según sus palabras, en nociones preconcebidas del fenómeno fascista. Al mismo tiempo, han promovido un enfoque más comprensivo del fascismo, convencidos como están de que el historiador, cuyo deseo es investigar el pasado, debe tomarse en serio un fenómeno que, en el pasado, fue tomado en serio por el pueblo.

Uno de los problemas fundamentales a los que debe hacer frente la historiografía de cualquier tipo es la dificultad por abarcar la realidad histórica que el historiador se dispone a investigar. A modo de solución a este eterno problema, Renzo De Felice (1929-1996) inició, a principios de los años sesenta, una empresa empiricista de unas dimensiones hasta entonces desconocidas. Con el apoyo de un grupo de ayudantes y estudiantes, el historiador italiano estudió todos y cada uno de los documentos relativos al período fascista que estaban almacenados en el Archivio Centrale dello Stato. Con una cifra infinita de fuentes en sus manos, descalificó la mayoría de lo que cualquier otro historiador había escrito por causa de las nociones preconcebidas y de las tendencias ideológicas. Posiblemente como consecuencia de las extraordinarias dimensiones y de los principios formalmente objetivos de la biografía de De Felice sobre Mussolini, sin olvidarnos de la gran cantidad de documentos que incluye, se ha dicho que no queda nada ya por descubrir o por escribir sobre el fascismo italiano.

Poco antes de su muerte, De Felice resumió sus opiniones en un libro con el stendhaliano título *Rojo y Negro*:

Por naturaleza, un historiador no puede ser sino revisionista, pues trabaja sobre la base de los

logros de sus predecesores y trata, así, de repasar, corregir y explicar la reconstrucción que estos hicieron del pasado.

Con todo, reprochaba a sus antecesores su absoluta subjetividad:

Falta un habitus científico, faltan científicos de veras y falta una percepción del mundo que trascienda el pragmatismo político... El antifascismo no puede ser la única clave para entender el significado de la Resistencia.

Inspirado por las obras del historiador François Furet, De Felice pone en duda, en un escrito póstumo, la validez de la afirmación de la izquierda de que el fascismo es una de las manifestaciones del capitalismo y el principio que de ahí se deduce y que afirma que el antifascismo auténtico tiene, por lo tanto, que combatir el capitalismo. No considera fiable la historiografía marxista, pues no ha tomado en cuenta los crímenes cometidos en nombre del antifascismo/comunismo. La historiografía 'roja' ha 'obviado' supuestamente la existencia de la denominada zona grigia, o zona gris, todos aquellos civiles que no tomaron partido por ninguno de los bandos en la guerra civil italiana de 1943-1945. Del mismo modo, tampoco se ha arrojado suficiente luz a propósito de los patriotas que pertenecieron al bando fascista en el campo de batalla.

En ocasiones, puede resultar complicado comprender a los 'héroes' fascistas de De Felice. Junio Valerio Borghese, por ejemplo, era un hombre de credenciales democráticas dudosas y que participó en el golpe de Estado frustrado de 1970. Ernesto Galli della Loggia, un historiador de la escuela de De Felice, ha enunciado otra teoría discutible: que el acuerdo de paz con las fuerzas aliadas, ratificado en 1947, fue, en realidad, una tragedia en la historia nacional italiana. No sólo eso, sino que los historiadores revisionistas italianos tienden a considerar algunos de los actos de Mussolini como obras fruto de su patriotismo. En opinión de De Felice, Mussolini aceptó aparentemente el papel de líder de la República de Salò, la zona ocupada por los alemanes en el norte y el centro de Italia entre 1943 y 1945, más por motivos patrióticos que ególatras. Dejando de lado este último punto, que no sólo no está documentado sino que no hace sino parafrasear lo que había escrito el periodista e historiador popular Indro Montanelli (1909-2001) en *Il buono Mussolini* medio siglo atrás, no debemos pasar por alto algunas de las críticas esgrimidas por los revisionistas. Con todo, el problema esencial de los planteamientos de De Felice y su escuela, como han afirmado los historiadores angloamericanos, radica en el paradigma 'antiantifascista' alternativo que promueven.

También en España, Mussolini ha contribuido indirectamente a la aparición de un paradigma histórico sumamente problemático. No sólo su dramática caída del poder en 1943 provocó un cambio radical en la política exterior española, sino que fue fundamental para satisfacer las necesidades específicas que Franco tenía de reescribir su propia historia. En la posguerra más inmediata, se hizo todo lo posible por alejar la imagen de Franco de la de recadero de Hitler y Mussolini. Contrariamente a las pruebas históricas, Franco se había convertido en un líder preclaro que, a pesar de la inmensa presión (cuando no de las amenazas explícitas) a la que se veía sometido por parte del Duce y del Führer, logró mantenerse al margen de la segunda guerra mundial. Pasaron deliberadamente por alto el hecho de que Franco se erigiese en líder de la España nacional en buena parte gracias a la ayuda de Mussolini y de Hitler. Según las palabras de sus hagiógrafos, la victoria en la guerra civil se debía únicamente a los esfuerzos del Generalísimo, y la neutralidad de España en la segunda guerra mundial se presentaba de un modo que no daba pie a pensar ni en una postura ambigua, ni en una postura favorable al Eje. En palabras del historiador estadounidense Herbert Southworth, varias generaciones de españoles fueron víctimas de un lavado de cerebro a partir de diferentes mitos incoherentes sobre la perfección del régimen. Los más importantes fueron:

a) La guerra civil fue una cruzada en la que se luchaba no sólo por España y su civilización

cristiana, sino también por todo Occidente.

b) En consecuencia, la España de Franco no fue nunca un socio genuino de las potencias fascistas. Las relaciones que existieron entre la Alemania nazi, la Italia fascista mussoliniana y la España sedicentemente nacional fueron circunstanciales.

c) La guerra civil no fue el preludio del segundo conflicto mundial. Fue el capítulo epopéyico inicial de la gran confrontación de nuestra época, la lucha contra el comunismo ateo.

Como afirma Ángel Viñas, la tesis de las relaciones superficiales con el Eje sirvieron para lograr uno de los objetivos primordiales: hacer que la gente se olvidara que, sin Mussolini ni Hitler, habría sido improbable la existencia de un Caudillo. Franco no se mantuvo en el poder porque otros países europeos se hubieran olvidado de quién era o hubieran promovido su gobierno, sino por una mera cuestión de intereses en un clima de guerra fría polarizado. En los años setenta, cuando, por fin, la democracia empezaba a enraizar en España, surgió una nueva historiografía que intentaba oponer la hagiografía a un sustrato científico y, por lo general, antifascista. Sin embargo, diversas lecturas revisionistas del pasado franquista han devuelto a un primer plano imágenes benévolas de Franco a través de una interpretación más comprensiva del régimen y de la condena de la Segunda República española (1931-1939).

Luis Suárez Fernández es, posiblemente, el mejor ejemplo de hasta dónde están dispuestos a llegar los revisionistas para absolver al Antiguo Régimen. En su ansia por subrayar la actitud humilde de Franco y su servicio a España, el historiador pone el acento en el hecho que Franco jamás quiso asumir el título de 'Dictador', y que fue siempre 'un hijo fiel de la Iglesia, un católico practicante'. Aunque reviste sus opiniones de un halo de objetividad y cientifismo, el historiador español se entrega a comparaciones sumamente irrelevantes entre la era franquista y la actual: Las normas de moral en el vestido femenino, siguiendo las instrucciones de la Iglesia, eran entonces muy rígidas los trajes de baño llevaban falda y no se podía permanecer fuera del agua sin cubrirse con un albornoz y así no es de extrañar que, pese a la precaución de aceptar como uniforme unos bombachos poco estéticos, hubo quienes se escandalizaran de aquel 'exhibicionismo'. Cada época tiene que ser explicada y juzgada desde sus propias normas. No parece que el extremo opuesto en que ahora nos movemos, haya resultado social y moralmente útil. Aunque no podemos establecer una comparación directa entre la biografía de De Felice, controvertida aunque intelectualmente fundamentada, y la apología neofranquista de Suárez Fernández, ambas tienen una cosa en común: su enfoque comprensivo del pasado, la idea de que hay que juzgar el fascismo y el franquismo a partir de sus propias premisas.

El debate en España acerca de Franco y de los mitos vinculados a su régimen represivo sigue vigente. Alberto Reig Tapia ha contribuido a alimentar las discusiones en curso al denunciar algunas de las incoherencias, cuando no mentiras, que ha producido la historiografía neofranquista. Es cierto que el régimen franquista no estaba únicamente basado en la represión, sino que también gozaba de un significativo apoyo popular. Las creencias religiosas e ideológicas, o sencillamente el bienestar económico, hicieron que muchos españoles simpatizaran con la causa nacional durante la guerra civil y en años posteriores. En la primavera de 1936, la democracia parlamentaria era, probablemente, la ideología con menos adeptos en el territorio español, y la guerra civil no tardó en convertirse en una guerra de extremos políticos en la que ambos bandos recurrían a la violencia. Con todo, el incisivo análisis de Reig Tapia sobre la represión franquista y los muchos intentos que se han producido por maquillar sus proporciones han servido, cuando menos, para una buena causa: impedir que las nuevas generaciones de españoles olviden lo sucedido al concluir de la guerra civil. Los campos de concentración, las ejecuciones, las torturas y el encarcelamiento por actividades políticas fue uno de los pilares más sólidos sobre los que se asentó el régimen franquista de los vencedores contra los vencidos.

En España, el uso de la palabra revisionismo parece menos habitual. Algunos de los historiadores y articulistas de derechas más controvertidos dudarían en identificarse explícitamente con esta palabra. Con todo, sus escritos se asemejan a los de sus colegas revisionistas italianos tanto en el estilo como en la metodología o en el punto de vista. Pío Moa, antiguo miembro del GRAPO, el grupo terrorista español de orientación maoísta, e intelectual de derechas en la actualidad, se ha dedicado por entero a dismantelar los 'mitos' que los historiadores antifascistas han creado. En su opinión, la historiografía actual ha obviado deliberadamente las ideas de la 'izquierda jacobina' de Manuel Azaña y de otros líderes de la Segunda República española. Ricardo de la Cierva, responsable de la Sección de Estudios de la Guerra Civil del Ministerio de Información y Turismo durante los años sesenta y principios de los setenta, ha llevado recientemente esta discutible afirmación a su consecuencia más extrema al afirmar que el alzamiento militar de 1936 en España no fue un golpe de Estado, porque la Segunda República era ilegal y anticonstitucional.

El historiador italiano Nicola Tranfaglia ha demostrado que, por lo general, cabe distinguir entre dos tipos de revisionismo histórico: uno que trabaja dentro de un paradigma científico y otro que carece totalmente de carácter científico y que manipula los hechos históricos. En Italia, no obstante, parece más complicado trazar la línea entre ambos grupos, especialmente después de la muerte de De Felice. Las diversas corrientes revisionistas de la actualidad parecen moverse en una zona gris, adecuando con éxito sus formas y argumentos a la velocidad y a la simplicidad que exigen los medios de comunicación de masas.

El principio de realidad

A pesar de que la relación entre las fuentes y el acontecimiento histórico objeto del análisis por parte del historiador es, a menudo, tremendamente complicada, éste no debe dejar de luchar por la realidad. El exterminio de millones de judíos en los campos de concentración nazis es un hecho histórico y así será, a pesar de que los testigos supervivientes sean cada vez menos. No obstante, no sería justo decir que este principio de realidad, tal y como lo define Carlo Ginzburg, haya tenido una vida fácil en la historiografía italiana y española de posguerra.

Al contrario de lo que señalan todas las pruebas de que disponemos, se ha intentado negar por todos los medios posibles que la Italia fascista utilizara grandes cantidades de gas venenoso contra la indefensa población civil en la campaña de Etiopía de 1935-1936. Tuvieron que transcurrir treinta años antes de que Angelo Del Boca, el primer historiador que llevó a cabo una investigación sistemática sobre el tema, consiguiera un atisbo de reconocimiento oficial por sus logros. Entretanto, había sido víctima de acusaciones de sabotaje contra el honor del ejército, de antipatriotismo e incluso de comunismo. Tuvo que esperar hasta el ascenso al poder del gobierno tecnócrata de Lamberto Dini, a mediados de los años noventa para que el Estado italiano admitiera oficialmente la utilización de gases.

Cabe destacar, igualmente, que la publicación oficial italiana *I documenti diplomatici italiani* no hace sino unas pocas alusiones a los episodios de Etiopía, a pesar de que los archivos romanos contienen un buen número de valiosos documentos al respecto.

Todo parece indicar que los diferentes gobiernos italianos, o los historiadores designados por estos, a pesar de estar sujetos a una constitución antifascista y a un armisticio que repudia el Antiguo Régimen, han practicado en estas peliagudas cuestiones lo que los italianos denominan *stile buonista*. A menudo, las publicaciones ministeriales oficiales y semioficiales obvian las pruebas históricas y facilitan, así, interpretaciones históricas problemáticas.

Si bien no todas las instituciones militares españolas han hecho gala del mismo afán colaborador o informativo, España ha incluido, por fin, en su programa histórico la cuestión de la utilización de gases tóxicos en Marruecos por parte del ejército español en los años veinte. Gracias a las

investigaciones de Rudibert Kunz, Rolf-Dieter Müller, Juan Pando, Sebastian Balfour y Jean-Marc Delaunay, se presta hoy atención a este tema, moralmente incendiario, y en el que también estuvieron implicados algunos de los mandos que participaron en el alzamiento militar de 1936 (y probablemente el propio general Franco). En lo referente a la guerra civil española, la historiografía existente no ha indagado lo suficiente en las reflexiones que Franco y Mussolini hicieron acerca del uso de gases venenosos en suelo español, aun cuando los documentos italianos y españoles permiten extraer algunas conclusiones, aunque parciales, al respecto. El debate sobre el uso de armas tóxicas en el África oriental se centró, durante decenios, en torno de la figura de Indro Montanelli, el influyente padrino del periodismo italiano que había participado en la campaña de Etiopía de 1935-1936. Hasta mediados de los años noventa, sostuvo que jamás se habían usado gases venenosos en la campaña de Etiopía; a lo sumo, se había recurrido a ellos en el marco de un experimento científico limitado. En 1996, sin embargo, Montanelli retiró aquellas vanas afirmaciones en una respuesta por escrito a Angelo Del Boca. Aún así, su respuesta era algo ambigua, pues ponía en duda incluso las relaciones más evidentes entre las fuentes escritas y los acontecimientos del pasado:

Sin lugar a dudas, los documentos son auténticos. Mas me gustaría decirle a Del Boca, mucho más joven que yo y que no ha tenido la posibilidad de verlo con sus propios ojos, que en las guerras italianas, el 'hecho' no siempre, o mejor dicho, casi nunca se corresponde con el 'documento'.

Este tipo de documentos, cuya veracidad Montanelli se resistía a aceptar, están reproducidos fotográficamente en una de las últimas publicaciones de Del Boca (como si quisiera poner el acento en la verdadera relación entre las fuentes y los hechos del pasado). Una de las órdenes firmadas por Mussolini rezaba:

Para deshacerse de los rebeldes, como en Ancober, utilicen gases.

La paradoja de este debate, que se alargó durante treinta años, es que a Mussolini, a diferencia de lo que al parecer creían muchos de sus defensores, no parecía importarle que le relacionaran con los incidentes en Etiopía u otra parte del mundo. Antes bien, reafirmaba el principio de referencia entre los documentos que había rubricado y la guerra de Italia en África. En una conversación con Giuseppe Bottai, en 1936, cuentan que dijo, y en absoluto llevado por el gozo de un crío:

Un día, la gente sabrá me dijo en junio [Mussolini], durante una de nuestras primeras reuniones después de la campaña africana cómo hice la guerra en el aspecto técnico. Ahí mismo hay un montón de documentos.

Es posible que la problemática relación de Montanelli con los hechos no se limite a la guerra de Etiopía. En 1998, Montanelli salió en defensa de la controvertida tesis de Sergio Romano basada en sus vivencias en España, cuando estuvo en 1937 en tanto que corresponsal para el Corriere della Sera. Resulta interesante su versión de por qué tuvo problemas con las autoridades italianas en España.

Estuve ahí desde el nacimiento del régimen y mi interpretación de los hechos me costó que me expulsaran del país, algo que debería de conceder a mi versión una cierta credibilidad.

Varios documentos inéditos de los archivos del Ministerio de Asuntos Exteriores en Roma dan una versión diferente de lo que, en realidad, sucedió. El 19 de agosto de 1937, Galeazzo Ciano, el joven ministro de Exteriores italiano, mandó un telegrama al mando militar italiano afirmando que el corresponsal Montanelli no hacía sino incidir en la escasa resistencia que los italianos encontraban en la campaña del norte. Para apoyar sus afirmaciones, el ministro de Exteriores italiano llamaba la atención sobre lo que Montanelli había escrito el día anterior. En su artículo, el joven periodista describía las acciones de las tropas italianas, las llamadas Corpo di Truppe Volontarie, como 'un largo paseo con un solo enemigo: el calor'. Esta descripción no se

corresponde con lo que se sabe por otras fuentes sobre la cruenta campaña del norte, en la que el ejército italiano tuvo que emplearse a fondo. El general italiano en España, Ettore Bastico, examinó atentamente el caso. Al día siguiente, informó a Roma de que Montanelli se encontraba posiblemente en Francia, y que en ningún momento el periodista había estado en las proximidades del campo de batalla. Ni siquiera había estado en los alrededores de la retaguardia, de ahí que el general sugiriera que se cesara a Montanelli de sus actividades periodísticas. Como quiera que los artículos de Montanelli en tanto que testigo ocular en suelo español han tenido un impacto considerable en la manera como el público italiano ha entendido la guerra civil española, no estaría de más examinar cuál de las dos versiones es más fidedigna.

En resumen, existen un buen número de estudios en España e Italia que comparten un problema metodológico fundamental: pretenden trabajar con un marco imparcial y positivista, pero son, en el fondo, tremendamente subjetivos. Evidentemente, también podemos aplicar la misma crítica a una parte de las obras de la literatura marxista, que han tendido a idealizar hasta cotas insospechadas la intervención soviética en el conflicto español o a minimizar la revolución social que había estallado en la zona republicana. Por otro lado, cuando un grupo de investigadores confiesa abiertamente que trabajan con el paradigma antifascista, ello no es óbice para que trasladen al lector datos fiables y una interpretación plausible. Pocos estudiosos de categoría negarían que el intento de Herbert Southworth por documentar los daños a raíz de los bombardeos de Guernica y Durango es todo un logro desde el punto de vista académico. El hecho es que aquellos bombardeos se produjeron y mataron a civiles inocentes.

Los historiadores también tienen su opinión. Con todo, deben contraponer sus interpretaciones a las realidades históricas.

El legado antifascista y la tentación anti-antifascista

Los argumentos (o, mejor dicho, las acusaciones) de que se sirve una parte de la historiografía que se ocupa de Franco y Mussolini se centran en aspectos metodológicos o, más bien, en los principios que deberían guiar el trabajo del historiador. De hecho, las acusaciones mutuas de falta de cientifismo por parte de los bandos antifascistas y revisionistas/anti-antifascistas parecen no tener fin.

En la introducción del primer volumen de su biografía de Mussolini, De Felice aborda el problema de tratar el fenómeno fascista desde un enfoque antifascista moralista y tradicional. No resulta difícil, cuando menos en el plano teórico, estar de acuerdo con esa preocupación. La lucha por la objetividad es una condición sine qua non para comprender por qué el fascismo llegó al poder en Italia y reinó prácticamente sin oposición durante dos decenios. En este sentido, debemos ovacionar a De Felice por haber presentado un estudio mucho más detallado y documentado que descubre muchas facetas nuevas y que se ocupa de algunas de las acciones de Mussolini y de la era fascista en su conjunto. No obstante, la metodología de De Felice es algo limitada. En primer lugar, es difícil llevar todo eso a la práctica en una obra histórica, como queda de manifiesto en su biografía. El predominio de la descripción sobre la interpretación y la teoría conduce inevitablemente a diversas contradicciones insolubles.